

das tomadas con mano atrevida y segura de las abundantes fuentes de las inspiraciones católicas.

## XXXIV.

El sentimiento que principalmente brilla en toda la vida de JAIME BALMES, igualmente que en sus acciones y escritos, es su amor á los intereses de la fé. Ninguna pasion aparta su corazon de este amor constante con que se ligó al servicio de la Iglesia, ningun pensamiento distrajo su espíritu del culto de la ortodoxia.

El segundo tomo de la *Filosofía fundamental* habia sido denunciado en Roma á la congregacion del *Indice*, como tachado de error. «He leído y releído mi libro, decia BALMES á un amigo. Creo que no contiene ningun error dogmático. No obstante, qualquiera que sea mi conviccion en este particular, no tomaré la pluma para defenderme. Si una sola proposicion fuese condenada, retiraré la edicion entera, y la arrojaré al fuego. Al mismo tiempo, anunciaré por medio de los periódicos mi obediencia á las decisiones de la Iglesia.» Felizmente, la sospecha concebida se desvaneció al instante. El público ignoró este suceso. En vez de censuras, la obra del doctor español recojió en Roma vivos elogios.

«Una de las cosas sobre la que BALMES contaba para preservarse del error, dice uno de sus biógrafos, era su sensibilidad estrema y la impresion que en él producía toda advertencia dada de buena fé.» «Puede suceder, decia él mismo, que experimente en el momento un sentimiento de mal humor; pero la reflexion vendrá luego en mi ayuda, y me hará seguir, el camino indicado.» Tambien habia encargado á algunos de sus mas íntimos amigos le manifestasen el menor desliz que cometiese su pluma. «Desgraciado de mí, decia, si olvidase un solo instante los deberes á que estoy ligado en mi cualidad de escritor. A la verdad, si cometiese un solo atentado contra la regla de mi fé, solo el sentimiento de mi falta quitaría todo el vigor á mi inteligencia (1).»

En el momento que críticas violentas atacaban su *Pío IX*, escribia estas palabras: «La verdad, la virtud, la conciencia, Dios: Tales son los objetos sobre los cuales debe permanecer fija nuestra consideracion. Todo lo demas es transitorio.» La perspectiva de honores temporales, el favor de los grandes ó de los príncipes, hallaban á BALMES insensible. Llamado desde su instancia al estado eclesiástico por una vocacion decidida, repetía que cien veces hubiera tomado este tratado si cien veces debiera repetirse su eleccion. Para dar una última satisfaccion á la dignidad de su carácter,

(1) *Vida de Balmes, etc., passim.*



meditaba retirarse bajo el abrigo de un techo sagrado al amparo de alguna iglesia. «Esto es, decía, lo que debe hacer un sacerdote.»

BALMES era de una estatura un poco mayor que la mediana, de una complexion débil y poco desarrollada. Su semblante delicado y pálido indicaban el hábito del sufrimiento. Hasta en su modo de andar se revelaba el decaimiento de su salud. No podía vérselo sin sentirse llevado hácia él de una especie de atractivo decoroso. Con todo esta apariencia de languidez reflejada sobre todo su ser, desaparecía bajo el fuego que brillaba en su mirada. Su frente, sus labios tenían un sello de la energía que se encontraba también en sus ojos negros, profundos, animados de un brillo extraordinario. La espresion de su fisonomía, tenía una mezcla de viveza, de candor, de melancolía y de fuerza de alma. En la sociedad de aquellos que poseían su amistad ó confianza, su rostro se animaba y dejaba brillar la pureza de su corazón. Al contrario, en presencia de personas desconocidas, este mismo semblante parecía cubrirse de un velo impenetrable.

Si la influencia de la primera educacion, algun tanto agreste, se dejaba percibir algunas veces, y se vislumbraba en los modales y porte de BALMES, no obstante, nada impedía descubrir en él un natural noble y una cierta dignidad elegante. El fondo de su carácter le formaba una sensi-

bilidad velada y comprimida que atraía y removía fuertemente las simpatías. Por efecto de la abnegacion cristiana, y bajo la presion de la voluntad, esta sensibilidad se habia plegado á las reglas de una razon austera (1). No por eso esta sensibilidad dejaba de existir, semejante á las fuentes ocultas de las que brota hasta la superficie de la tierra una fecundidad, cuyo origen se esconde á la vista.

Es indisputable que BALMES sentía con una viveza estremada ciertas atenciones, y en particular las del hogar doméstico. Cada dia la memoria de su madre venía á herirle de nuevo. Una hija de su hermano, niña apenas balbuciente, estaba ligada á él por una predileccion marcada. No podía hablar de ella sin que las lágrimas aparecieran en sus ojos. Don José María Quadrado, que ha conocido mucho á BALMES y frecuentado su trato en la época en que la esperiencia y la madurez de los años le habian ya perfeccionado, termina con estas líneas la pintura de sus costumbres y carácter: «Observador escrupuloso de las mas pequeñas obligaciones sacerdotales, adquiría en las prácticas del ascetismo, el vigor que desplegaba en sus trabajos intelectuales. La distribucion de su tiempo era estremadamente metódica. Sus solaces se reducian al trato íntimo de cinco ó seis

(1) Don Antonio Soler asegura que en los últimos instantes de su vida, Balmes sintió la exajeracion algun tanto apasionada de esta especie de estoicismo.



»amigos. Sincero en sus juicios, lleno de prudencia en sus consejos, conocía el profundo de los »secretos del corazón humano, no solamente sus »trasportes sublimes, sino aun de los movimientos »escitados por los incidentes vulgares de la vida. »La lisonja era menos agradable á sus ojos que la »independencia. Honraba á sus amigos, dándoles »pruebas de la confianza mas absoluta. Su sensibilidad era esquisita, pero la habia sometido al »imperio de la razon. Sobre todo habia rehusado »disimularla. Avido de ser amado, le hemos visto »alarmarse al ocurrírsele que las deferencias de »que era objeto podian quizá rendirse menos al »hombre que al escritor (1).»

Don Pedro de la Hoz escribe tambien á su vez: «BALMES era inclinado á sostener su opinion »con cierta tenacidad. Sin embargo, desistia desde »el momento que creia ver en su persistencia la »menor infraccion de un deber; de modo que esta inclinacion no llegaba hasta hacerle incurrir »en una verdadera falta. En cuanto á la acusacion »de avaricia de que ha sido objeto, es de todo »punto infundada. Era por el contrario pródigo, »hasta el punto que durante nuestro viaje, hecho »en comun, acabé por manifestarle que era tan »poco á propósito para administrador como yo »mismo poco económico á la verdad.»

En efecto, nosotros sabemos que BALMES so-

(1) Revista Hisp. Americ., entrega tercera.

corria liberalmente á los pobres. Habiendo salido por su trabajo de una indigencia extrema, tenia en el cuidado de sus intereses pecuniarios, tanta prudencia y esmero como en todos sus negocios; mas en ninguna circunstancia traspasó los límites que por este concepto le imponia la regla sacerdotal. Si su hermano, viniendo á ser su heredero, se encuentra súbitamente enriquecido con la propiedad de sus obras, nadie podrá ver aqui una muestra reprehensible de amor fraternal. En cierta época, D. Antonio Ristol, preso en la ciudadela de Barcelona por los revolucionarios sublevados en esta ciudad, experimentó la generosidad de su amigo. Recordamos tambien que dos meses despues del matrimonio de la Reina, BALMES, por motivos de dignidad, desistió de la publicacion de una obra que le prometia abundantes ganancias, al par que honor.

De modo, que los pocos y vagos cargos que se han podido dirigir contra BALMES, acusan en él á mas ciertas tendencias naturales, inclinaciones, que, la razon y la piedad tuvieron que combatir: se puede asegurar que todo en este hombre habia acabado por hacerse recto y razonable. Si por otra parte se consideran las incontestables virtudes que brillan en el curso de su vida, un tan gran celo por la verdad, un amor tan ardiente por todas las cosas nobles y elevadas, no se podrá rehusar el suscribir á estas palabras de admi-



rable simplicidad, escritas por un amigo del insigne publicista: «A mi juicio, JAIME BALMES poseía los siete dones del Espíritu Santo (1).»

## XXXV.

Segun una regla bastante sabida, los méritos que distinguen el talento de cada escritor, participan de las cualidades que se le han reconocido en sus inclinaciones ó en su carácter. Es demasiado fácil de distinguir en BALMES un sello particular agravado en su espíritu por la accion de las instituciones que influyeron en su juventud.

El verdadero genio de BALMES, el carácter distintivo de sus obras, el sello que distingue sus pensamientos y escritos, es el *buen sentido*. Se observa justamente que esta cualidad va siendo cada dia mas rara entre la mayor parte de los pueblos de Europa. Sobre todo en Francia, á contar desde el siglo XVII, la decadencia del buen sentido sigue una marcha que sorprende. Esta cualidad, si bien se medita, es decir, cierto grado de justicia en nuestras ideas y sentimientos, no puede provenir sino de un conjunto de nociones exactas, establecidas y arraigadas firmemente en el fondo de nuestra inteligencia. Mas el catolicismo, mer-

(1) Don Manuel de Berriozabal, marqués de Casajara.

ced á la precision de sus doctrinas y á la firmeza de sus instituciones, es el único capaz de reducir á una exactitud habitual y durable la universalidad de las opiniones y sentimientos de un pueblo. Esto no es mas que un efecto de esa unidad de órden admirable, por la que se apodera á la vez del dominio de la teoría y del de la práctica, refiriendo toda verdad á un mismo origen, toda inteligencia á una regla, toda voluntad á un objeto legítimo. La incredulidad ó el escepticismo, por el contrario, oscureciendo este triple conocimiento del origen, de la regla y del objeto, esparcen en las inteligencias y en los caracteres una propension á la utopia y á la aventura enteramente contraria á esta bella cualidad que hemos descrito en BALMES.

Asi, este escritor, que en nuestro siglo ha presentado el ejemplo de un pensador elevado y atrevido, reglado por una razon imperturbable, debe este mérito, en nuestra opinion, á la enseñanza católica conservada en toda su pureza en el seno de una universidad española, y comunicada á una inteligencia, que por otra parte habia Dios maravillosamente dispuesto para recibirla. De suerte, que, el talento de BALMES tomó de las costumbres y de las constantes lecciones de la universidad de Cervera, su carácter precioso.

Es sabido que en sus primeros años, BALMES estuvo lleno de entusiasmo por la poesía. El ins-



tinto de su verdadera vocacion, le apartó muy luego de esta aficion. El mismo, con motivo de sus versos, repetia mas tarde esta máxima: «La musa no tolera medianías.» No obstante esto, en los últimos años de su vida se le ha visto preocupado de un plan, á favor del cual, trataba de dar á su imaginacion alguna libertad. Bajo la alegoría de una novela, se proponia pintar el triunfo de las verdades católicas sobre los errores que el racionalismo ha derramado en los espíritus, relativamente á la religion, á la política y á la ciencia social.

Esta obra en su forma debia presentar una reminiscencia de los diálogos de la filosofía antigua y de las lecciones del inmortal autor del *Telemaco*. Pero hubiera tomado de la época actual tanto los personajes, como la materia de sus discursos y los acontecimientos que el pincel del autor habria puesto en escena.

BALMES no tuvo tiempo para llevar á ejecucion su proyecto. Otros trabajos, principalmente su *Doble Tratado de Filosofía*, le llevaron continuamente á pensamientos mas graves.

Una claridad y facilidad maravillosa, unidas á una dignidad constante, son las cualidades preeminentes de la pluma de BALMES. Estas condiciones son las mas esenciales en un escritor, cuyo espíritu se dedicó casi exclusivamente á los ejercicios de la razon. Por cima de los idiomas moder-

nos de Europa, y en particular de los tres dialectos derivados del latin, existe una especie de lengua general, habitual á los diversos pueblos, lengua cuyas reglas parecen calcadas sobre las mismas formas de una lógica tomada y aplicada en comun. Esta lengua es la de la filosofía, de la ciencia y de la política. Los matices que distinguen una nacion de otra, no se hacen perceptibles, ó al menos no se presentan tan vivos sino en la expresion de los sentimientos, de las costumbres, de los hábitos locales, en la literatura, propiamente dicha. BALMES escribió en la lengua filosófica de su pais, muy semejante á la nuestra. Si no nos equivocamos, aprendió de nuestros escritores á poner mas orden y concision en sus discursos; tomó nuestra costumbre de capítulos breves y sumarios detallados y metódicos. Los preliminares de su obra sobre el *Protestantismo*, escritos probablemente antes que los dos opúsculos que empezaron á darle reputacion, presentan en gran parte señales de la falta de aplomo que no se encuentra ya en ninguna de sus últimas obras. Por otra parte, BALMES trataba de verdades de muy alta importancia para dedicarse á las sutilezas propias para agradar á los géneos descontentadizos. Escribia para instruir y convencer; desdeñaba encantar á los ociosos.



## XXXVI.

Tal ha sido la vida, las costumbres y las virtudes del hombre á quien las letras españolas han debido su principal honor, durante la primera mitad de este siglo. Réstanos ahora completar el cuadro de los pensamientos de BALMES. Creemos que la atención de nuestros lectores nos acompañará gustosa en el análisis de sus escritos.

Al proponernos dar á conocer en nuestro país el juicio emitido por el publicista español sobre la mayor parte de las cuestiones que ocupan los espíritus, no es únicamente para ensalzar el nombre del escritor y justificar los homenajes rendidos á su memoria; es principalmente con el objeto de propagar reflexiones útiles; es con la esperanza de atraer algunas inteligencias hácia un conjunto de verdades demasiado olvidadas en nuestros días.

OBRAS

DE  
D. JAIME BALMES.

DE

## D. JAIME BÁLME.

Las obras de alguna importancia que Balmes nos ha dejado son diez. Pondremos aquí sus títulos siguiendo el orden de su publicación:

- Observaciones políticas y económicas sobre los bienes del clero;
- Consideraciones sobre la situación de España;
- El protestantismo comparado con el catolicismo;
- El criterio, ó lógico para el uso de la generalidad de las personas;
- Cartas á un escéptico;
- Escritos políticos;